

BLANCA.—Á lo menos no seréis gran señor. Les teme tanto mi padre!...

EL REY.—Yo me llamo... (*Aparte.*) ¿Cómo me llamo yo? (*Alto.*) Gaucher Mahiet, y soy... un pobre estudiante.

BERARDA (*contando su dinero*).—¡Qué trapalón! (*Entran en la calle M. de Piemme y Pardaillan envueltos en sendas capas y con una linterna sorda en la mano.*)

PIENNE (*al otro*).—Aquí es, caballero.

BERARDA (*baja precipitadamente del terrazo y avisa en voz baja diciendo*):—Gente oi fuera.

BLANCA (*con espanto*).—Acaso mi padre.

BERARDA.—Partid, caballero.

EL REY.—¡Que no tuviera entre mis manos al que así me estorba!

BLANCA (*á la dueña*).—Acompáñalo sin demora y que salga por la puerta del malecón.

EL REY.—¡Oh! Dejarte ya...!

BLANCA.—Es preciso.

EL REY.—¿Me amarás mañana?

BLANCA.—¿Y vos?

EL REY.—Toda la vida.

BLANCA.—¡Ah! Me engañaréis, porque engaño yo á mi padre.

EL REY.—Nunca. Ahora, Blanca, un beso de despedida.

BERARDA (*aparte*).—Es un besucón de mil demonios.

BLANCA.—No, no.

(*El rey la besa y sigue á la dueña. Blanca queda un momento con los ojos fijos en la puerta por donde han salido, y después los sigue. Entre tanto públase la calle de caballeros armados, cubiertos y enmascarados. Ha cerrado la noche. Los caballeros, que han tapado la linterna sorda, se entienden por señas. Un criado los sigue con una escala.*)

ESCENA V

Los caballeros, luégo TRIBOULET, después BLANCA

(*Blanca aparece en el terrazo por la puerta del primer piso con una luz en la mano.*)

BLANCA.—¡Gaucher Mahiet! nombre de mi amado, grábate en mi corazón.

PIENNE.—Caballeros, es ella; la misma.

PARDAILLAN.—Veamos.

GORDES (*con desdén*).—Alguna beldad vulgar. Te compadezco, duque, si te contentas con mujeres de villanos.

(*Vuélvese Blanca de modo que la pueden ver bien.*)

PIENNE.—¿Qué te parece, conde?

MAROT.—No es fea la villana.

GORDES.—Es un hada, un ángel, una diosa.

PARDAILLAN.—¿Y es la manceba del bufón? ¡Qué hipócrita!

GORDES.—¡Qué pícaro!

MAROT.—La más hermosa para el más feo. Júpiter se complace en cruzar las razas.

(*Retírase Blanca por donde ha salido, viéndose ya sólo luz por una ventana.*)

PIENNE.—Señores, no perdamos tiempo. Hemos resuelto castigar á Triboulet, y aquí estamos todos con nuestro agravio y además con una escala. Escalemos, pues, el muro y robémosle la hembra, para que al levantarse el rey mañana, la encuentre en palacio.

COSSÉ.—Si el rey pone aquí la mano...

MAROT.—El diablo desenredará la trama.

PIENNE.—¡Bien dicho! Manos á la obra.

GORDES.—En verdad, es bocado de rey.

(*Entra Triboulet.*)

TRIBOULET (*pensativo, en el fondo*).—Vuelvo... no sé á qué... ¡Ah!

COSSÉ (*á los otros*).—Pero, señores, ¿os parece bien que el rey le sople así la dama á todo el mundo? Querría saber yo lo que diría el rey, si alguien le usurpara la suya.

TRIBOULET (*adelantándose*).—¡Cómo me maldijo el anciano! Siento así... como una turbación. (*La oscuridad es tan densa que no ve á Gordes con quien se roza al pasar.*) ¿Quién va?

GORDES (*volviendo á los otros*).—¡Triboulet, señores!

COSSÉ.—¡Victoria doble! Matemos al traidor.

PIENNE.—Eso no.

COSSÉ.—Está en nuestras manos.

PIENNE.—Pero ¿quién nos divertirá mañana?

GORDES.—Va á estorbarnos.

MAROT.—Dejad que yo le hable: voy á arreglarlo todo.

TRIBOULET (*prestando atento oído*).—Parece que hablan bajo.

MAROT (*acercándose*).—¿Triboulet?

TRIBOULET (*con voz ruda*).—¿Quién va?

MAROT.—¡Pardiez! No vayas á tragarme: soy yo.

TRIBOULET.—¿Quién eres tú?

MAROT.—Marot.

TRIBOULET.—¡Ah! Está tan oscuro!... Y ¿qué ocurre?

MAROT.—Venimos... ¿No lo adivinas?

TRIBOULET.—No.

MAROT.—Pues venimos á robar para el rey la esposa de Cossé.

TRIBOULET (*respirando*).—¡Ah!... ¡Magnífica idea!

COSSÉ (*aparte*).—Estoy por romperle un hueso.

TRIBOULET.—¿Y cómo os las compondréis para llegar hasta ella?

MAROT (*bajo á Cossé*).—Dadme vuestra llave.



BLANCA. — ¡Padre! ¡Padre mio! ¡Socorro!

(Se la da. Toma, y tienta la llave y reconoce el cincelado blasón del conde).

TRIBOULET.—Sí, las tres hojas de sierra: es su blasón. *(Aparte.)* ¡Pardiez! ¡Qué necio soy! No sé lo que me había imaginado. *(Alto.)* Pues ahí está el palacio de Cossé. ¡Con que venís á robar su mujer! ¡Bravo!

MAROT.—Todos venimos enmascarados.

TRIBOULET.—Pues bien, venga una máscara. *(Marot le pone una máscara y añade una venda que le ata sobre los ojos y las orejas.)* ¿Y ahora?

MAROT.—Ahora nos tendrás la escala.

Los caballeros suben por la escala, fuerzan la puerta del primer piso del terrazo y penetran en la casa. Un momento después, uno de ellos aparece en el patio, cuya puerta abre. Después entra todo el grupo, trayendo á Blanca desceñida y amordazada, que se resiste como puede).

BLANCA *(á lo lejos).*—¡Padre! ¡Padre mío! ¡Socorro!

LOS CABALLEROS.—¡Victoria!

(Desaparecen con la joven).

TRIBOULET *(solo al pié de la escalera).*—¿Me hacen pasar aquí mi purgatorio? ¿Han acabado ya? ¡Qué irrisión! *(Suelta la escala, se lleva la mano á la máscara y encuentra la venda.)* Ah! tengo los ojos vendados. *(Se arranca la venda y la máscara. A la luz de la linterna sorda, que se han dejado olvidada en el suelo, ve algo blanco, lo recoge y reconoce el velo de su hija. Vuélvese y ve apoyada la escala en el muro de su terrazo y la puerta de su casa abierta. Entra en ella como un loco y reaparece un momento después arrastrando á la dueña amordazada y medio vestida. Mirala con estupor y luego se mesa los cabellos dando gritos inarticulados. Al fin recobra la palabra y grita sordamente.)* ¡Oh! la maldición! ¡la maldición!

(Cae sin sentido.)